



A

2)

Hace cerca de doscientos años — la cita es de Anibal Ponce — un tratadista francés, Filangiere, escribió estas palabras terriblemente injustas: «La educación pública exige, para ser universal, que todos los individuos de la sociedad participen de ella, pero cada uno según las circunstancias y su destino. Así el colono debe ser instruido para colono, no para magistrado. Así el artesano debe recibir en la infancia la instrucción que pueda alejarlo del vicio, conducirlo a la virtud, al amor, a la patria, al respeto a las leyes y a facilitarle los progresos de su arte, pero no lo que necesite para dirigir la patria y administrar el gobierno». ... Filangiere pedía, y no hablaba por sí solo, la creación de entes mecánicos, en serie, simples bestias de carga, sin la menor posibilidad de elevación espiritual, y en muchos aspectos vióse complacido.

Así fue posible consagrar aquella tremenda discriminación mediante la cual los seres humanos debían recibir una educación adecuada a su destino de clase: el hombre del pueblo, lo que era absolutamente indispensable para ofrecer mayor rendimiento personal a quienes servía; el dueño, el señor, todo cuanto pudiera elevarlo por la inteligencia, todo cuanto pudiera mantenerlo por la cultura en la dirección de la sociedad, excluyendo a los demás miembros de ella.

Hay algo más grave aún, y es que la distinción de Filangiere no ha desaparecido todavía del campo de los hechos. En nuestra misma patria hay masas enormes de ciudadanos desprovistos de ciencia hasta el grado de no saber leer ni escribir, como si hubieran sido arrancados de los más profundos estratos del feudalismo, y los cuales viven junto a capas que gozan de todos los recursos que la civilización del siglo XX pone en manos de una persona, siempre que cuente con los medios económicos necesarios para ello. Prueba inmediata, al alcance de nuestros ojos: el barracón del ingenio y el palacete del administrador; el solar urbano, con su bárbaro hacinamiento, y los fastuosos chalets de nuestros barrios residenciales, inmensos y exclusivos.

Quiere decir, pues, que la lucha es ardua, dura. El problema cultural cubano abarca zonas muy amplias, círculos enormes, y tiene desde luego su raíz más profunda en nuestra desvalida situación económica, pero hay que empezar por abajo. Gran suceso sería, pues, que el gobernante que debe asumir el poder dentro de unos meses volviera los ojos (como ahora en su condición de mero candidato ha hecho el doctor Saladrigas) hacia la urgente tarea de elevar la cultura de nuestro pueblo, y para ello se decidiera a contar organizadamente con quienes mediante el simple hecho de venir a esta tribuna ya están diciendo su generosa voluntad de colaboración en un servicio que es inaplazable para la patria. El servicio de fijar y aislar nuestros males cívicos, de extirpar el analfabetismo, aun el de los que saben leer y escribir, de poner en hora de hoy el reloj colonial que todavía rige mucho de la vida cubana. El colosal servicio de multiplicar entre nosotros el tipo del ciudadano univerval, proyectado hacia una sociedad alegre, limpia, instruida, en la que, recordando una frase célebre, cada cocinera se halle preparada para manejar sin tropiezos los asuntos del Estado.

*Rafael Mayo 5/44*